

pitanes y Jueces de las Rancherías de su Nación, que con ellos se sometían al vasallaje de S. M. en cuyo acto reconocieron todos los que lo vieron el gusto y complacencia de los Indios; por lo que prosiguió el Señor Capitán intimándoles con oportunas advertencias, el porte de vida y costumbres que en lo de adelante debían observar; á lo que respondieron, que ya lo sabían, porque repetidas veces y en todas ocasiones se lo había explicado el P. Fr. Mariano.

En vista de todo esto, certificó por escrito el R. P. Fr. Alonso Giraldo, y lo subscribieron sus quatro Compañeros, á petición del mismo P. Fr. Mariano, el estado, calidad y circunstancias, con el trato, orden, modo y disposición en que habían hallado los Indios, de que él había informado, y que en todo tiempo constase la lega-

lidad con que había procedido, y la disposición que tenían: á todo satisficieron los Padres con la notoriedad de la paz de los Apaches: «Corroborada, dicen, con las numerosas tropas de dichos Indios, que ansiosos de abrazar la Fe, y noticiosos de nuestro destino, han concurrido estos días á la novedad de nuestra llegada, asegurando estarnos esperando con el mismo anhelo el mayor cuerpo de su gente en el intermedio de aquí á San Sebat: de cuya paz al presente no dudamos, respecto de la afabilidad y otras exteriores demostraciones que en el tiempo de mes y medio hemos en ellos observado.» El Señor Capitán expresó lo mismo en otra dilatada certificación, cuya substancia es la ya referida venida y pasages de ella.

### CAPÍTULO VIII.

*Prosiguen los Padres con el Comandante su marcha al rio de San Saba, y establecen los sitios para las Misiones y nuevo Presidio de San Luis de las Amarillas.*

**N**O fueron pocos los incidentes que se fueron ofreciendo en San Antonio, y que aun siendo accesorios influían con eficacia la pérdida de tiempo, para pasar á San Saba, la de los ganados, y la de la paciencia; pues los proyectos que cada día se suscitaban de nuevo, eran de mucha mortificación á los Misioneros, que se veían allí ociosos, hasta que á sus instancias se emprendió la marcha el día ocho de Abril del año de cincuenta y siete, y tomada por San Antonio, llegaron el día diez y siete del mismo al rio de San Saba, habién-

dose quedado treinta y nueve Soldados en el rio de San Marcos, guardando el terreno que tenían ocupado las familias de los Presidiales, caballada y avío de éstos, con los bienes de campo prevenidos para el nuevo Presidio y las Misiones, por lo que no se juntó el convoy en el Presidio hasta fines de Junio.

Luego que se formó el campamento, y al siguiente día de la llegada del Capitán y de los Padres, juntos con otros prácticos, comenzaron el reconocimiento de los parages informados por el Teniente Galvan y

el Gobernador Rávago y Terán, extendiéndose con prolixa diligencia por una y otra banda del rio, hasta reconocer su nacimiento, y despues de inspeccionado todo, el día veinte y tres de Abril ordenó el Capitán, que con citacion del P. Presidente y Misioneros, y de los Oficiales y prácticos, se hiciera junta, en la que se leyeron los órdenes Superiores que debían practicarse, así en la radicacion del Presidio como de las Misiones, y en su atencion hechas las debidas reflexas, y sobre todas las de no haber parecido en el camino ni en aquel sitio los Indios Apaches, que en las repetidas ocasiones que estuvieron en San Antonio ofrecieron venir á él hasta trescientas familias, habiéndoseles dado, entre muchas cosas de ropa y otras que pedían, cantidad de maiz para el camino, y deseando ocurrir á todo, se resolvió: Que desde luego se hiciera asiento en las tierras que pudiesen regar las dos sacas de agua que se habían reconocido, y que por tener cercana madera, piedra, pastos, tules y muchas tierras de cultivo, se consideraran y tuvieran por propias y correspondientes á dos Misiones: que el lugar que había de servir á la plantacion del Presidio, que se debía titular de San Luis de las Amarillas, y había de tener las mismas circunstancias, se situara avanzado alguna distancia de las Misiones por la parte del Norte, para cubrir sus Pueblos, dexando desbarazadas sus sementeras: que se solicitaran los Apaches por un Padre Misionero, y hiciera lo posible para atraerlos al pueblo que tantas veces habían prometido. En consecuencia de todo, el día quatro de Mayo quedaron destinados los dos parages cercanos á las sacas de agua, señalados á las dos Misiones proyectadas, que

habían de corresponder á los dos Colegios de la Santa Cruz y de San Fernando: quedó tambien elegido el del campamento de la Compañía Presidial á distancia de legua y media de las Misiones, juzgando que así podia facilitarse qualquier auxilio que les fuera necesario, sin los inconvenientes que suelen originarse de la estrechez y limitacion de los terrenos, aunque dexando al tiempo la experiencia y comodidad de todos.

Para la solicitud de los Apaches se destinó el Padre Fr. Benito Barela, por el particular zelo que tenía de su reduccion, el que le había hecho que en San Antonio se congratase con muchas de sus familias, y con su trato adquiriese alguna inteligencia de su idioma: salió dirigiéndose al rio de San Marcos, por esperar encontrarlos en aquel intermedio, y la noche que llegó tuvo la novedad de que una India vino buscando refugio, y diciendo, que tres Indios Texas, y quatro de la Mision de San Antonio, habían matado en el rio Colorado á un Capitán Apache, á su muger, y á sus dos hijos, y que á ella con otra muger y dos criaturas se las llevaban cautivas; pero ella pudo huirse, y traía una niña atravesada de una bala: todo se comprobó, porque los Indios de San Antonio llegaron allí, y aunque dixerón no haber visto á los Apaches en su Mision, dixerón que habían visto rastros de Comanches, y quatro Apaches muertos, y viniendo á la Mision la India los conoció y dixo qual de ellos había disparado y matado á uno de los muertos.

En ese mismo tiempo había estado el Capitán Chico en San Antonio, y el P. Fr. Mariano le afeó el no haber cumplido la palabra de ir á San Saba, como lo había prometido, por

lo que con entereza le mandó que se fuera, y él obedeció llegando al campamento del P. Fr. Alonso Giraldo, para prevenirle que ya estaba cerca toda su gente, y la de otros Capitanes que iban á cumplir su palabra, lo que tambien confirmaba con una Carta del P. Fr. Mariano, que llevó él mismo, y en que le dice al Padre Giraldo: »Me pareció conveniente demostrar »la entereza que los Indios requieren, »y la resolucion que para contenerlos »necesitan, precisándolos al viage de »San Saba, con el fin de que estando »aptos los sitios, se quedaran todos, ó »los que se pudieren mantener; y estando ineptos, unidos con los Padres y el Señor Coronel, determinaran el destino, quedando en uno y otro evento libertados de malos consejos, si los hay, y á mano para la resolucion que se tomare.» Con la misma Carta envió el Padre Giraldo á los Indios al campamento del Señor Coronel, para que examinándolos explorara sus intenciones, para que pudiera arreglar sus providencias, hecho cargo de que en ella decía el P. Fr. Mariano: »de los varios Capitanes que han venido haciéndoles cargo de su tibieza y excesos, unos se descargan con el Grande, y otros con el Chico, y de estos dos, el uno dice que el otro no queria, y éste que el otro no solo lo rehusaba, sino que se hallaba en intencion de seguir otra senda.»

Al Señor Coronel le pareció lo mas seguro preguntarle ante todo, qual era el fin de su llegada, y el Capitan respondió que él y otros Capitanes que lo reconocen por su Superior, iban con sus gentes á establecerse en aquel río, y congregarse en Mision, como lo tenían prometido, y que se les habia de guardar la buena cor-

respondencia que habian experimentado mucho tiempo en la amistad de los Españoles: que el haberse retardado en llegar quando habian dicho, fue por lo dilatado del camino, en que estaban divididos, y lejos unos de otros: que él y otros muchos habian estado en San Antonio, y que el P. Fr. Mariano les dió maiz para el viage; pero que todos tenian mucha hambre, y para que llegaran necesitaba llevarles pólvora y balas para matar animales, y algun socorro de comestibles: que todos los Apaches estaban sentidos y descontentos, porque unos Comanches y otros de la Mision de San Antonio habian matado á un hermano del Capitan Casa-blanca, y á otro Indio y dos mugeres, y hecho cautivas otras quatro de sus parientes, y que para vivir gustosos pedian que se traxeran allí los Indios culpados de San Antonio, y se castigaran en presencia de ellos: á todas sus demandas les dió el Señor Coronel discretas satisfacciones, por lo que se fueron confiados á conducir sus gentes.

Entraron al tercero dia en el campamento del Señor Coronel en crecidas tropas, que fueron armando sus tiendas en su contorno, y los principales fueron á verle con multitud de gente, y demostraciones de júbilo y regocijo, y con tal confianza de los Soldados y demas personas, como si fueran antiguos amigos y conocidos; y aunque el Capitan Casa-blanca demostró el sentimiento de la muerte de su hermano, se procuró serenar su rencor con expresiones y agazajos que pudieran consolarle. Mandó el Señor Coronel que se les diesen tres reses, tabaco y otras cosas que les indicaran el agrado con que los recibia; y aunque los Indios habian de paso visita-

do á los Religiosos, y llevado algun socorro á la gente, el Señor Coronel le pasó un oficio al P. Presidente con citacion, para el concurso y exámen de los Indios. Al siguiente dia fueron todos los Misioneros á la tienda del Señor Coronel, y ya estaba pronto el Capitan Chico, con otros Indios de los principales, como tambien el mismo Señor con sus Oficiales, y juntos con los Padres, fueron paseando por entre el crecido número de tiendas y muchedumbre de Gentiles que se hallaban acampados, advirtiéndole en todos el gusto y satisfaccion que tenian de las palabras y buena fe que en todos experimentaban: acabado el paseo se les previno á los dos Capitanes y á otros muchos de los principales, que el dia siguiente habian de concurrir todos con el Señor Coronel y Padres para ir á reconocer las tierras que se habian elegido, para que las ocupasen con orden de pueblo con sus tiendas, y que por ellas se les fuesen ministrando los alivios que se les tenian prometidos.

Para que la citada inspeccion y demas providencias fueran fundadas en la realidad de sus palabras, se les intimó con instancia el que allí declararan libremente su ánimo, y la verdadera intencion con que habian venido á aquel sitio: á lo que los Capitanes y demas Indios dixeran, que su voluntad era radicarse en Pueblos de Mision; pero que por entónces no podian congregarse todos, porque muchos andaban en la caza de cibolas; y que era necesario estar todos juntos, por el riesgo de los Comanches, que eran sus mortales enemigos: y que querian ellos ántes darles una campaña, para la que pedian los ayudasen los Soldados. En vista de tan bárbaros desrósitos, se hizo natural la

deseconfianza de sus palabras, y para instruirse de raiz en la verdad de ellas, y proponerles la necesidad que sus almas tenian de abrazar la Ley evangélica, se determinó que el P. Fr. Diego Jimenez se quedara á observar sus interiores sentimientos. Buena ocasion le ofreció para el intento el acaso que ocurrió ese mismo dia: pues sabiendo que un hermano y una hermana del Capitan Chico estaban gravemente enfermos, fue á verlos, y en la urgencia de tan proximo peligro, y asegurándole sus parientes que ambos deseaban ser Christianos, los socorrió con quantos auxilios pudo, y luego murió la muger, pero el hombre no se supo en que paró, porque agonizando se lo llevaron sus parientes.

Quedó con estas muertes repentinas tan consternado de ánimo y preocupado de sentimiento el Capitan Chico, que no pudo asistir á la junta del siguiente dia, y tomando la voz de todos los Apaches el Capitan Casa-blanca, respondió, preguntado por el Señor Coronel delante de todos los Padres, por la última resolucion suya, y de los demas de sus gentes, que tenian ofrecido el establecimiento de las Misiones: que no se determinaban á sujetarse, ni á ceñir su voluntad al obediimiento y método de las Misiones, porque su inclinacion era andar siempre en continuo movimiento; pero que sí querian vivir en amistad y buena correspondencia con los Españoles, del modo que la hacian y habian hecho, los Indios Texas.

Reconvenido de las repetidas promesas que habian hecho á los Padres y á los Capitanes, y aun en esta misma ocasion al Señor Coronel, repitiendo la que le habian hecho en San Antonio, quando los llamó el P. Fr. Mariano para que supieran que ya

se les iban á poner las Misiones que habian pedido, y el Presidio que los habia de defender de sus enemigos: respondió con desahogo, que él ni sus gentes no se congregarian en Mision, porque no era de su voluntad, y que él no habia dado palabra de reducirse ni á los Padres, ni á los Capitanes, ni tampoco á ninguno de los que estaban presentes: que al otro dia se irian para juntarse con otros muchos para la guerra de los Comanches que los perseguian, y tenían muy agravados. No ménos que el Señor Coronel, quedaron con esta respuesta, penetrados de dolor los Padres Misioneros, y esmerando los esfuerzos de su caridad, les declaraban los errores con que el Demonio les tenia ciegos, para no ver los males á que les precipitaba, para la ruina de sus cuerpos y almas, ni los bienes que en las Misiones se les franqueaban, para las conveniencias espirituales y corporales; pero nada les imprimia, y al otro dia emprendieron su marcha.

Ya el Capitan Chico habia cumplido la ceremonia de su duelo, y segun las confianzas que habia tenido con el Padre Ximenez, no era su voluntad ni la de sus secuaces conforme á las resoluciones del otro Capitan y sus gentes, porque al tiempo que éstos resistian su reduccion, él con trescientas personas que le seguian, ofrecia congregarse; y para que constara lo cierto, le citó, y á los suyos, para que juráficamente declararan su ánimo y voluntad, y llegado el requerimiento hecho por el Señor Coronel y el Padre Ximenez, con la misma formalidad que se observó con los otros, respondió que por entonces no podia cumplir la palabra que tenia dada de congregarse en Mision, porque el otro Capitan, y los demas que iban con él,

le habian pedido llorando que no los desamparase en la ocasion que tenían determinada la campaña contra los Comanches: que tambien tenia necesidad de ir á bastimentarse de carne de cíbola, y que no pudiendo negarse á lo que los suyos le pedian, por el amor y cariño que les tenia, le era preciso acompañarlos; pero que hecha la campaña se restituiria á San Saba, para cumplir su palabra, asegurando esta nueva promesa con muchas expresiones, y manifestando en el semblante la melancolia que la novedad de sus parientes le habia causado. No se omitieron por el Padre Ximenez y el Señor Coronel, los desengaños y persuasiones que á los otros se les habian hecho; pero tampoco fueron ménos infructuosos, porque igualmente tenaces tomaron el camino.

Afligian estas ineficaces promesas, y mas propiamente veleidades de los Indios, al honor y eficacia genial del Señor Coronel, y para hacer evidentes esforzados empeños, le pidió por escrito al Padre Ximenez, que certificara en forma todo lo que habia visto que practicó con los Apaches, y expusiera su sentir, como tan antiguo Misionero, sobre las diligencias que se habian actuado en orden á su reduccion; y á lo primero satisfizo el Padre diciendo: «Sobre los medios observados para el cumplimiento de los Superiores preceptos, los hallo tan conformes al fin que se pretenden, que es la reduccion de los Indios, que á mi corto entender, segun en ellos he observado, qualesquiera otros solo servirian de indisponerlos, provocándolos á las pasadas hostilidades y odio del Christianismo, ó de proseguir los Indios engañándonos, y dando lugar á las dádivas y excesivos gastos. Sobre lo se-

gundo dixo: Por una parte las palabras de los Indios suenan voluntad á Mision, el haber venido remitidos á este fin por el R. P. Presidente de las Misiones del rio de San Antonio Fr. Mariano Francisco de los Dolores á este rio, en el que en tiempos pasados tantos agravios recibieron de los Comanches, y el comunión de los Comanches, y el comunión con la familiaridad y satisfacción que desde su llegada hemos experimentado: todo esto parece indicio de que quieren Mision: por otra parte, el no respirar desde que nos visitaron en la Mision de San Antonio hasta ahora, sino pidiendo especies de su gusto, y esto exclusivamente, sin esperar congregarse á Pueblo, sin haberles desde entonces oído, no precediendo persuasión, cosa que declare afecto á congregarse ó reducirse, y el empeño de que nuestras armas los auxiliem contra los Comanches, aun antes de colocarse en Mision, sin querer dexar en el interin de su campaña, en nuestra compañía á sus mugeres, niños é individuos, á que eficazmente los he persuadido; parece que dan á entender poco afecto á reducirse.»

Aun con haberse ido ya los Indios, viéndose el P. Presidente y los demas Misioneros sin aquellas prendas que su caridad y zelo iban buscando, no sabian como desprenderlos de sus corazones, y arbitrabán nuevos medios para atraerlos; y pensando en que la aceptacion, conocimiento particular, y amable modo con que el P. Fr. Benito Barela los trataba, le tenían ganada la mayor recomendacion de todos ellos, lo enviaron á su Rancheria, para que por todos modos probara si podia reducirlos á que se volvieran: pero ha-

biendo sido muy bien recibido de los Capitanes y demas Apaches, no pudo conseguir mas que el que le ofrecieran que despues de abastecerse de cíbola, volverian á la Mision. Esta inflexibilidad para no querer congregarse, y al mismo tiempo la estimacion de los Misioneros, le hizo al Padre Ximenez decir en su certificacion: «Si estos Indios no tuvieran la sagacidad, astucia y entendimiento que en sus tratos y modo de vida demuestran, se pudiera recurrir á la rusticidad para excusarlos; pero parece que en ellos no tiene lugar este recurso, por lo qual debo indeciso en este punto.»

Pero los lastimosos sucesos dieron la decision de esa altercada duda, y en sus fatales estragos resolvieron ser la determinacion de los Indios, no rústica, sino arreglada á una consumada prudencia. El entendimiento que es astuto y sagaz, en los negocios arduos, trasciende con viveza hasta sus fines, y previendo los medios útiles para evitar los daños, piensa, medita y dispone con oportunidad los remedios: por eso recomienda la eterna Sabiduria en la parábola del Rey que ha de ir á hacerle guerra á otro Rey, el que piense despacio, con madurez y juicio, si podrá con diez mil Soldados salir al encuentro del que viene contra él con veinte mil. Veía el Capitan Casa-blanca, en aquellos dias, derramada la sangre, y perdidas las vidas de un hermano suyo, de su muger, y dos Sobrinos, y cautivos otros quatro parientes suyos á manos de los emisarios de los Texas, que tambien habian inducido á su criminal exceso á quatro Indios de San Antonio.

Sabia por sus batidores y espías, que por todos rumbos habia rastro y huellas de sus mortales enemigos

los Comanches, que se dirigian á las avenidas de Texas, con quienes tenian hecha liga mas de seis años ántes, y proyectada una general campaña contra toda la Apacheria, y que caminaban todas las Naciones interinas, para unirse y reducirla á su total ruina, y este era el peligro que le expresaron al P. Presidente, desde que llegaron á San Saba, y que no quiso explicar su arrogante soberbia. Consideraba que si formara pueblo en San Saba, habia de poner sus trescientas y once tiendas en campo descubierto, y que para la defensa de mas de dos mil personas, de mugeres, niños y viejos, y para la de dos mil y setecientas bestias, no tenia mas que setecientos guerreros, y si esperaba allí á los enemigos, que eran muchos mas en número, y ventajosos en las armas de fuego, sería espantosa la carniceria que harian en ellos, y los reducirian á su último exterminio: por eso no contando con la proteccion del Presidio, que á mas de no tener mas que cien Soldados, debian éstos estar repartidos, determinó retirarse con toda su gente á los montes y abrigos que no pudieran penetrar sus contrarios, y guardar con la retirada las vidas y libertad de todos los que lo seguian.

Luego que el Capitan Chico se abasteció de carne volvió á San Saba, por el interés de lo que el P. Presidente y el Señor Coronel les daban, pero manifestando el ningun afecto á

establecerse en Mision, ántes acelerando su marcha; por lo que los Misioneros perdieron toda la esperanza de su reduccion, y procuraron retirarse á las otras Misiones, donde no estuvieran ociosos. Este consuelo no pudo tomarlo el P. Presidente Fr. Alonso Giraldo, quedándose á mantener el puesto con otros dos Padres del Colegio de San Fernando; pero deseando satisfacer todas las obligaciones del Instituto, presentó al Señor Coronel un escrito, diciendo de parte de los Colegios y Don Pedro Terreros, que no ciñéndose su zelo á solo la conversion de los Apaches, sino que tambien se extendia á la de otros infieles que pudieran habitar el rumbo del Norte, se sirviera de mandar llamar á las personas prácticas en aquellos terrenos, y que declararan si tenian noticia de otros Indios Gentiles que en ellos hubieran reconocido.

Á todo condescendió el Señor Coronel, con tal esmero y eficacia, que no perdonaba diligencia ni arbitrio de su parte para el consucio de los Misioneros, y llamando á los Oficiales mas antiguos, que habian penetrado muchas veces en correrias y campañas aquellos paises, hizo informacion jurídica con cinco testigos, que declararon no tener noticia de que por el rumbo del Norte hubiese otra Nacion de Gentiles mas que la que se llama Apache, y que por él solo, y muy distantes, estan los Comanches.

## CAPITULO IX.

*Llegan las Naciones coligadas contra los Apaches á San Saba, y con tirana alevosia quitan la vida á los Misioneros, y robada la Iglesia y la Casa, las reducen á ceniza.*

UNOS esquadrones gregarios reclutados de diversas Naciones y Provincias, que marchaban sin orden, sin mas quarteles que los bosques, ni mas almacenes que los montes, confiando toda la provision de sus víveres en los frutos silvestres y en la caza de animales, necesariamente habian de hacer mansiones muy largas, y caminar con demora las muchas leguas que mediaban para poderse unir en una tropa: esta fue la causa porque habiéndose retratado los Apaches de las repetidas promesas que tenian hechas de congregarse en San Saba, desde el mes de Julio que supieron por sus espías estar ya sus enemigos en marcha, y á la ruta de sus tierras, no se sintieron en ellas sus hostilidades hasta el Marzo del siguiente año de cincuenta y ocho.

No estaban los Religiosos en el sitio destinado para la Mision sin algun mediano abrigo, que en otras circunstancias pudiera servirles de defensa y resguardo: pues como antiguo Misionero el P. Fr. Alonso Giraldo, habia fabricado un competente, aunque rústico xacal, para que supliera de Telesia, y otras varias piezas para los Misioneros, guardar los avíos, y quarter de los Soldados, formando todo un buen patio quadrado, y cerrado de fuerte estacada, con solo una puerta: pero toda esta prudente prevencion se frustró por una increíble desidia. Desde el día dos de Marzo, estando el situado de caballada del Presidio en-

tre él y la Mision, lo acometió una partida de Indios, y se llevó sesenta y dos, y aunque fueron quince Soldados en su seguimiento, se volvieron por los vestigios que encontraron, y no faltando otros, indicios de los enemigos, se conocia el gran peligro en que estaban todos, por el que el Coronel estuvo en la Mision la tarde ántes del suceso, á persuadir al Padre Giraldo, que con los otros dos se recogiera al Presidio; pero el Padre no lo juzgó necesario, ni quiso desamparar el puesto, fiado quizas en que en otros muchos lances que le habian sucedido en tantos años de Misionero; le habia perdido el miedo al modo con que hacian la guerra los Indios: ó porque no dependiendo la excelencia de las gloriosas empresas de la materia en que se versan, sino del fin á que se dirigen, la recta intencion que las anima es la pródiga armeria que destierra los temores y infunde las confianzas; y como no es otra la de los Misioneros que la de servir á Dios en el ministerio Apostólico, trayendo á su Fe y conocimiento á las bárbaras Naciones, ella misma les hace emprender su conversion, uniendo en sus corazones el amor de Dios y de los próximos, y por excusar á su Magestad las ofensas y á ellos su perdicion eterna, no temen sacrificar en las aras de la caridad su comodidad, su sangre y sus vidas.

Con todo, parece que siendo ya evidente la hostilidad de los enem-

gos, debía ser grande la vigilancia en explorar la tierra, para no padecer una fatal sorpresa: sin esta cautela, el día diez y seis de Marzo había celebrado á la aurora el P. Fr. Alonso Giraldo el sacrosanto sacrificio de la Misa, y al salir del Sol estaban los enemigos tan cerca, que se oyó á poca distancia, y en el vado del río, una descarga de fusiles y gritaría de Indios, que á manera de salva, y con bandera de paz, fueron cercando toda la Mision; por lo que el P. Fr. Miguel Molina hizo que el P. Fr. Joseph Santiesteban suspendiese la Misa que estaba comenzando: fueron llegando los Indios con demostraciones de buena amistad, y conociendo un Soldado algunos de ellos, Texas y Vidais, que había conocido en San Xavier, con otros de la tierra dentro, le avisó al P. Presidente, por lo que salió al patio, y con admiracion y espanto, vió por todas partes cercado el sitio de Indios, armados de fusiles, sables, chuzos y flechas, vestidos de horrosas figuras y trages; pero ofreciendo la paz, y asegurándola desde afuera con algunas voces castellanas, y otros ademanes como de amigos, y quando les pareció que el Padre y los Soldados los habían creído, se desmontaron muchos de los caballos, y quitando las trancas de la puerta, entraron como trescientos, alargando las manos para darlas á los Padres, con expresiones de cumplimiento y agazajo, á lo que se les correspondió en el mismo modo: hizo el P. Presidente sacar manojos de tabaco, y otras cosas con que obsequió á los Capitanes; pero uno de ellos, que reconocian los otros como á Capitan grande, no usó de aquellas demostraciones, ni quiso desmontarse del caballo, y se conoció que era Comanche, aunque venia armado de

fusil y otras armas, y venia con cascaca encarnada del uniforme de Francia, con horrible semblante y aspecto fiero: á éste le presentó el P. Fr. Miguel quatro manojos de tabaco; pero no hizo mas que mirarlo con una sonrisa falsa, y muy brioso denuedo, lo que desconsoló mucho al Padre, y todos empezaron á sospechar de la amistad fingida, viendo la atrevida libertad con que todos ellos iban robando el menage de la casa, la ropa de los Soldados, los caballos que estaban en el corral, y que mataban las reses á su voluntad; pero todavia se les disimulaba por evitar alguna tropelia.

Descando el P. Presidente librarse de tan perniciosos huéspedes, les preguntó á los Capitanes si tenían ánimo de pasar al Presidio, y dixerón que sí, pero que les había de dar un papel para que el Capitan los recibiera, y no considerando inconveniente alguno, lo escribió, y se lo entregó á uno de ellos, y éste al ir levantó una griteria, como que llamaba á los otros que fueran con él: todo era ficcion para cubrir su malicia mientras aseguraban su alevosia: por eso los otros Capitanes entretenian al P. Presidente con algunas cosas de Texas que había visto quando fue Misionero en aquella tierra: á los otros dos Padres procuraban engañarlos con decir, que ellos no venian con intento de pelear mas que con los Apaches, y les preguntaban si allí había algunos: por lo que fue necesario ocultar á los que estaban en la casa. Á poco tiempo volvió el Texa que había llevado el papel, con muy crecido número de Indios, diciendo que no se le dexaba entrar en el Presidio, y que á otro le habían dado cuchilladas: era manifestista la mentira, pues no había habi-

do tiempo para andar la legua y media que distaba el Presidio; pero instándole al P. Presidente que fuera con ellos, ya se vió obligado á acompañarlos, y ellos ayudaron á ensillar el caballo, y montado en él, al salir por la puerta le dispararon un fusil, con fatal golpe, que dando un quejido, cayó de él muerto; con esta señal se rompió la generala, y disparando otros muchos cayeron muertos tres Soldados.

Los dos Padres procuraron tomar el asilo mas pronto, y lo fue para el P. Fr. Joseph Santiesteban el quarto en que estaba encerrado él avió prevenido para las Misiones; pero esto le aceleró mas su daño, porque entrando al robo los bárbaros, lo encontraron indefenso, y á golpes lo mataron, oyendo desde fuera algunos Soldados las voces que daba, y viendo despues sacar el hábito: pero como despues de haber sacado quanto allí había, le pusieron fuego á la pieza, en que había bastante material que ardiera, se creyó que las llamas consumieron el cuerpo, y aun por no haberse hallado sus cenizas, dixerón algunos que se lo habían llevado vivo los Indios. El P. Fr. Miguel Molina, con todos los agregados á la Mision y sus mugeres, se encerraron en el quarto del P. Presidente, y aunque defendian la puerta, disparando por troneras las escopetas, no cesaban los Indios de batirla con los fusiles, no con poco daño de los que estaban dentro, y con la desgracia de que dando una bala en un madero, de rechazo hirió al P. Fr. Miguel, entrando de soslayo por la clavícula del pecho y rematando en el brazo.

Mientras que los Texas tramaban la felonía y engañosa traicion con que entretenian á los Padres, los

demas Indios recogian mucha leña, para perficionar sus designios, y al punto que fueron muertos el P. Fr. Alonso, y los tres Soldados, se aplicaron los incendiarios poniendo fuego por todas partes. Cercados de él, y de mil angustias, los que se habían refugiado en el quarto, se vieron en la apuracion de abrirle la puerta á un Soldado, que daba voces pidiendo confesion, por estar casi muriendo de un balazo que le habían dado en el pecho, el que traía todo quebrantado, y fue el caso, que habiéndose desprendido de la Mision un Indio de los sirvientes, luego que descubrieron su mala fe los traidores, pudo llegar al Presidio, y le dió razon de todo al Señor Coronel, por lo que destacó al Sargento con ocho Soldados, para reforzar la escolta de la Mision; pero ya los Indios tenían cogidos todos los caminos, y saliéndoles al encuentro en tres filas, disparó la del medio, de cuya descarga cayeron dos muertos, descaminado otro, y heridos los demas, que apenas pudieron lograr la retirada, y poniendo los Indios fuego por todos los contornos, impidieron que se pudiese enviar á la Mision socorro alguno.

Ya el P. Fr. Miguel, y demas refugiados en el quarto, tenían á los ojos su última ruina en la voracidad de las llamas que los abrasaba, y reparando en la de la codicia de los Indios, con que estaban rompiendo caxas y fardos para pillar cada uno lo que podia, y otros llevando lo que habían cogido, al medio día se valieron de la misma codicia que los tenia ocupados, y se pasaron á otro quarto inmediato á la Iglesia, que aunque tambien estaba ardiendo, les pareció no ser tanto como el que dexaron; pero advirtiéndolo los Indios, le recargaron tanta leña, que les fue preciso hacer

un agujero por donde se pasaron á la Iglesia, que tambien estaba encendida, y en estas fugas llegó la media noche, en la que cada qual emprendió la que pudo, para evitar la muerte, si pudiera: el Padre se encaminó hácia el Sur buscando malezas y matorrales, para no ser visto de los Indios, y con gravísimo trabajo llegó el día diez y ocho por la mañana al Presidio: iba hecho un varon de dolores, y objeto digno de la compasion de todos: contristado el ánimo de haber visto muchas veces á la muerte, entre la variedad de tormentos que se la amenazaban, ya con la herida del balazo, ya con el terror de que lo vieran los Indios, ya con la debilidad de no haber tomado alimento en dos días y dos noches, ni descanso ó sueño alguno.

Casi tres días se mantuvieron los Indios sobre las armas en aquellas inmediaciones, para que fueran conduciendo el rico botin que habian robado, dirigiéndolo al Norte, y por eso fue solo terror pánico el temor de que atacaran el Presidio, y flaqueza de espíritu decir que fue milagro patente el que se hubiera preservado de tantos bárbaros; pues advertidos éstos de que la distancia y situacion de la Mision, que era de legua y media, y á la otra banda del rio, los ponía á cubierto para hacer el robo que traian meditado, y que en la misma Mision estaban los Religiosos indefensos, declararon sus traidores intentos con los homicidios, y no habian de exponerse yendo al Presidio, á que en él los recibieran con el saludo de los cañones, porque la metralla con sola una voz hace callar á las de la fusileria; pero siempre fue imbecilidad de un ánimo consternado, el no discernir la calidad de los efectos, atribuyendo á milagro, los de una sagaz perspicacia,

cia, y de un juicio reflexivo.

Al otro día que el Padre Molina llegó al Presidio, fue á la expugnada Mision el Señor Coronel, con Soldados, y recogiendo el cadaver del P. Presidente, le dieron sepultura en el cementerio, con los de los tres Soldados que con él murieron: buscó tambien personalmente, y por otros, el del P. Fr. Joseph Santiesteban, y por muchas diligencias que se hicieron, no pudo hallarse, discurriendo algunos que se lo llevaron vivo, y otros que lo redujo á cenizas el voraz incendio, que consumió todo aquel puesto. Ya parece tiempo de apartar un poco la fantasia de tan lastimosas imaginaciones, para ver en su retiro á los astutos Apaches: muchos lo tomaron tan escondido, que no se supo de ellos; pero otros muchos lo buscaron en las cercanias de San Antonio, confiando tener en la Mision asilo; y sin duda lo merecian segun las pruebas nada equívocas que dieron de no ser tan bárbaros, que se negaran á la humanidad que podian practicar con los desvalidos, aun siendo Christianos.

De esto dió testimonio el P. Fr. Mariano de los Dolores en una Carta que escribió al Prelado del Colegio, diciendo: «Los Apaches venian en crecidas tropas á esta Mision de San Antonio, para resistir al enemigo en caso que invadiera: no pararon de registrar la tierra en los días de mayor susto, mostrando el sentimiento de las muertes de los Padres y Españoles. Un Apache condujo hasta aquí por senda oculta hasta siete personas; otro que estaba á la sazón con los Padres en San Saba, libertó dos criaturas Españolas, con las que estuvo oculto, y entró en el Presidio con la mas pequeña á cuestras: otro traxo una muger, cuyo marido

»había muerto en el camino, llamado Cadenas, con tal compasion, que la traxo en su caballo, y él vino á pie, »habiendo cuidado en el camino de su alivio y sustento: y por último todos desean con ansias que se castigue tan bárbaro atrevimiento, brindándose para acompañar á los que fueren.» Había sido el Capitan Chico el mas constante en cumplir las promesas de radicarse en Mision en San Saba; pero los influxos y persuasiones del Capitan Casa-blanca le hicieron desertar de la compañía de los Padres, y aunque á ello le obligó el temor de los enemigos, pero pudo creer el auxilio que le franqueaban, pues el retirarse del Presidio no mejoraba su fortuna, ni lo libertaba del rigor de sus contrarios; y si hubiera rompido su silenciosa cautela, se pudieran prevenir y remediar los gravísimos daños que se padecieron, y los que él mismo tuvo que llorar: ya habian pasado tres meses desde el insulto, quando quiso ir con su rancheria á la caza de la cibola, y habiéndola situado en el rio Florido sobre una loma, quando estaba mas descuidado le dieron los Comanches, el asalto; y se vió improvisa y cautelosamente cercado, y sin mas arbitrio ni defensa que la fuga; la que logró entre el desordenado ataque de los enemigos, abandonando sus tiendas, armas, caballos y gente, de la que por varios rumbos vinieron algunos, y el mismo Capitan Chico, á refugiarse en el Presidio de San Saba, dexando algunos muertos, y diez y nueve prisioneros. Con tan cruel estrago pudo bien conocer, que si su orgullosa soberbia hubiera declarado la causa de su desercion, pudieran haberse dado en tantos meses las providencias que desordenara las traidoras astucias de sus enemigos, en cuya com-

paracion se puede decir que no fue ménos alevoso su malicioso silencio, y bien merecido tan cruel castigo.

Esta tenacidad de los Comanches en persecucion tan obstinada, y repetidas alevosias, obligaron al Señor Coronel á repetir informes y consultas, en que exponia con dictamen de dos Misioneros, y representacion de los Soldados, lo muy expuesto á que por su situacion estaba aquel Presidio, y casi indefenso á las invasiones de los Indios, por lo que proponia al Señor Virrey que se trasladara al rio de Guadalupe, ó al de S. Marcos: promovia tambien el que nunca habian estado los Gentiles Apaches en mejor sazón para tratarles de su conversion, siendo fuera de aquel parage arriesgado, y del que ellos habian desertado con justa causa. En vista de todo, ordenó S. E. que se hiciera Junta de Guerra y Hacienda, con asistencia de los Señores Auditor y Fiscal, para conferenciar las mas oportunas providencias; y hecha en ella una muy menuda y prolija relacion de los autos de la materia, se acordó por los Señores que con S. E. concurrieron, el que no era por entónces con honor y decoro de las Armas Españolas la mutacion del Presidio, sino que se debia estimar por ignominiosa y vergonzosa, y concebirse no seria de la aprobacion de S. M. acabando los Indios de cometer el insulto experimentado en la Mision, y á la vista del mismo Presidio, por ser muy natural que los Indios del insulto concibieran que el miedo en los Españoles de otra invasion, era el que ocasionaba la mudanza, y este propio concepto les podria dar alientos á emprenderla; y á los Apaches, cuya reduccion era el principal objeto de la empresa, les prestaria motivo para retraerse de

ella, con el fundamento de que no contemplan abrigo en las ocasiones que lo necesitaran con nuestras armas.

Se tuvo en la junta tambien presente, no ser conveniente la mutacion del Presidio, fundándose únicamente en que los Apaches ya no se congregarian en S. Saba, por el temor de sus enemigos del Norte, y solo lo harian en Guadalupe, ó San Marcos; pero que esto se asentaba solo por conjetura de los que informaban, y no porque los mismos Apaches hubieran manifestado tal expresa deliberacion, ni tales temores al terreno, pues no habia en los autos documento que lo instruyera. Por estas y otras gravísimas razones, quedó acordado el que S. E. ordenara al Comandante Coronel que se mantuviera con toda su Tropa en San Saba, y á los Padres Misioneros se rogara y encargara que vivieran por entónces en el mismo Presidio para su mayor seguro, hasta que se consiguiera la reduccion de los Apaches, y lo pudieran tener con los mismos Indios que se pacificasen, y la regular escolta, y que unidos en esta forma Comandante y Misioneros, continuaran solicitando la reduccion de dichos Apaches, de quienes indagaran con claridad la voluntad que tenian á ella, no solo sobre si absolutamente querian ó no reducirse, sino tambien sobre si la querian hacer en San Saba ó en otro parage que les fuera conveniente, y con la advertencia al Comandante y Padres Misioneros, de que en el caso de expresar los Indios su voluntad á congregarse y reducirse, les impusieran en que desde luego lo habian de verificar, sin verse para diferirlo de los pretextos de que hasta allí se habian estado valiendo para no haber llegado el caso de su re-

duccion.

Se ordenó tambien que en el Presidio de San Antonio se hiciera una junta, en que se debía conferenciar el modo y tiempo en que fuera mas oportuna la campaña, y el número de que se habia de componer su Tropa, con otras disposiciones para que no se malograra, y con esta ocasion tuvo el Comandante Coronel la de practicar lo que se le mandaba en orden al exámen de los Apaches, y en su cumplimiento pasó á la Mision de San Antonio, y lo hizo saber al P. Presidente Fr. Mariano, quien con otros Misioneros concurrió, para indagar con claridad la voluntad de los Apaches, y llamando al Capitan Chico y demas que lo acompañaban, se les hizo un correspondiente preámbulo por medio del Intérprete, para que sin ficciones, declararan la determinacion que tenian sobre el cumplimiento de las muchas palabras y peticiones que les habian dado de reducirse á Mision, porque ya era tiempo de cumplirlas, y de que vieran las grandes conveniencias corporales y espirituales que se les habian prometido si se ponian al abrigo de las armas Españolas, y recibian la Fe Católica, que se les habia siempre explicado.

Grande fue la perplexidad que al entender las propuestas manifestaron el Capitan y demas de su Nacion, y por todos dixo: que siempre han tenido y tenian fixo ánimo de juntarse en Mision él y los suyos como lo habian prometido; pero que por entónces lo suspendian hasta lograr el castigo de sus enemigos, por el bien fundado recelo de que los habian de perseguir en qualquiera parte que eligieran para su radicacion y sosiego, y que por eso se veían necesitados á andar de unas á otras partes con mu-

chos trabajos, huyendo de unos contrarios que no tenian mas ocupacion que la de guerreros, traidores y ladrones, y que si ellos se reduxeran á Pueblos, no podrian defenderse, por ser sus enemigos muchísimos, ni tampoco se podrian ocupar en el modo de trabajar para mantener sus familias, como lo hacian los Indios de las Misiones; pero que castigados sus enemigos de los gravísimos daños que hicieron en San Saba, y á ellos en el rio Florido, lograrian de algun consuelo, y de ménos riesgos, para acercarse en donde fuera conveniente á su establecimiento y conservacion: dixo tambien, que estaban muy prontos, y irian muy gustosos él y otros muchos Apaches en compañía de los Españoles, siempre y quando les avisaran para la campaña.

Bien conocieron el Señor Coronel y los Misioneros que estas respuestas eran unas dilaciones frívolas, pues para el efecto del castigo de sus enemigos, que pretendian, conducian eficazmente las conveniencias que les resultaran, si prontamente se reduxeran á Mision; pues se desocupaban del cuidado y el alimento de sus mugeres, hijos y viejos, y quedaban expeditos, y sustentados en la guerra, unidos á los Soldados; por lo que mandando el Señor Virrey que sobre el punto le informasen los Misioneros, éstos le expusieron: que debiendo hacerse la campaña con crecido número de gente Española, es creible que impondrá respecto á la Gentilidad que la sintiere dentro de sus mismas tierras, y que á los Apaches les imprimira no ménos terror que escarmiento, lo que ni unos ni otros habian adquirido hasta entónces, insensitados con su muchedumbre, soberbios con sus triunfos, y atrevidos

con las poquísimas fuerzas que reconocian: por lo que parecia debía seguirse, executada la campaña, la necesaria conveniente diligencia de solicitar á los Ipanes en las partes donde se hallaran, con la misma gente, fuerza y provision, reconviéndolos por sus palabras y ofrecimientos que habian hecho de reducirse á Misiones, y sujetarse al suave yugo de nuestra Santa Fe y cristiana política, para que los cumplan en las situaciones que convenga, como ellos manifiestan; y de no efectuarlo así, prontamente, y sin mas frívolas dilaciones, se les considere desde luego como unos disimulados enemigos, sin permitirles la franca introduccion que han logrado, por el recomendable fin de su catequismo y conversion, recibiendo como prendas de ella, quantos beneficios han podido franquearles este territorio, y justificando esta providencia con gravísimas razones, no le quedó ya á su zelo otra diligencia que hacer para la conversion de tan dolosos y empedernidos bárbaros.

Hecha en San Antonio de Bejar la junta de los Oficiales, se conferenció el modo y demas circunstancias que ordenó S. E. para la campaña que se hizo comandada por el Señor Coronel Parrilla, y marchando hasta la tierra de los Comanches, no se hallaron rancheados como Indios, ni descuidados del golpe que se les disponia, sino muy prevenidos de militares defensas, en un fuerte defendido de fosos, y cubiertos los caminos y entradas con ramas para inutilizar la caballeria, y tomados los altos por innumerables defensores armados de fusiles y otras armas ofensivas, travaron los Españoles el combate, con los caballos fatigados del galope largo que habian

llegado, y unos quedaban presos en la estratagemas de las ramas, otros andaban sin orden, y todos sufrieron los infaustos efectos de una invasion precipitada, así en el desorden de la pelea, como en la debilidad de la caballería; y viendo que no podían ganar ventaja alguna, y que los Indios estaban con toda fuerza, pues muchos ni aun dispararon los fusiles, les fue necesario abandonar un cañon que habían llevado, y emprender la retirada, que les causó gran desazon á las Naciones de Indios amigas, y los contrarios reputaron por victoria.

Con tan no esperadas resultas, todo quedó en calma, y mucho mas la

conversion de los Apaches Ipandes, haciéndose cargo los Misioneros de que el Señor los puso en ella como al Labrador con el árbol, y debiendo poner sus fatigas, sudores y trabajos para su cultivo, debían reconocer que solo Dios es el que dá y produce los frutos; y que no siendo ellos mas que instrumentos, han de estar á solo el uso á que los destina su voluntad suprema, y venerar en el solio del Sol de Justicia las luces que iluminan y perfeccionan los ánimos, como dirigidas por sus inexcrutables decretos, cuyo abismo no pueden penetrar los hombres.

## CAPÍTULO X.

*Promuévese de nuevo la reduccion de los Apaches en San Saba, y se les fundan dos Misiones.*

**E**S el zelo de la honra de Dios una llama viva que con las alas de una actividad ardiente conserva á los Misioneros en una accion perpetua, en que alentando sus ánimos sobre sus naturales fuerzas, ninguna empresa les parece difícil, porque su misma arduidad se la representa fácil, naciendo de las espinas de sus trabajos y dificultades las flores de sus esperanzas, que regadas con sus sudores y sangre, les prometen ópimos frutos, y con estos nobles impulsos se vieron nuevamente empuñados en otra escena representada por los Apaches en el teatro de San Saba, pero con diversas personas de las que actuaron la otra funesta tragedia. Era nuevo el Capitan Comandante del Presidio, y en sus despachos le mandaba el Superior Gobierno que solicitara la reduccion y congregacion

á Misiones á los Indios Apaches, valiéndose para ellas de todos los medios posibles que diéran la razon y prudencia, sin usar de los rigores del castigo que los amedrentara y exasperara.

Para facilitar esto, solicitó el Capitan á los principales Apaches, y sobornados del interés, se le presentaron otros diversos de los ya conocidos, y los agazajó y regaló de todos modos, ya dándoles Soldados que fueran en su defensa á la caza de la cibola, ya franqueándoles de su caudal ropas, tabaco, arneses, y otras cosas, con cuyos intereses les proponía el que para hacerlos estables, tanto en lo temporal como en lo espiritual, les era necesario el congregarse en Mision y Pueblos, desvaneciéndoles las frívolas excusas que ellos alegaban para no hacerlo, con los quebrantos

que padecían, despojados de sus tierras por los Comanches, privados del beneficio de la cibola, y perseguidos de sus enemigos, sin poder estar seguros de sus asaltos y alevosias. Con estas palpables razones se alentó á responder por todos uno que reconocían por el Capitan grande, y llamaban el cabezon, y dixo: que él y toda su Nacion de los Lipandes daban palabra de ponerse luego en Mision, y observar perpetua paz con los Españoles. Era este Indio mas político y reflexivo que el Capitan chico, que engañó con sus falsas promesas á los Padres de San Antonio, y por eso en el gobierno y conservacion de su gente y conveniencias seguía sistema muy diversa que el otro; por lo que aseguró al Capitan Comandante con tal firmeza su reduccion y pueblo, que para efectuarlo solicitó al P. Presidente de las Misiones del rio Grande, escribiéndole que concurriese luego, sin dar lugar á que los Indios se arrepintieran.

Prontamente pasó el P. Fr. Diego Jimenez á San Saba, y junto con el Capitan, inquirió las intenciones del Capitan Apache y de los demas Indios, y aunque propusieron algunas dificultades, eran de ningún peso, y satisfechas se resolvieron á su establecimiento, que debía ser en el rio y Valle de San Joseph, que está en la mitad del camino que hay entre el rio Grande y San Saba, en cuya eleccion manifestó el Capitan Apache, que todos sus designios eran solo la defensa é indemnidad de los suyos, pues resguardados por el Norte del Presidio, los internaba á un sitio que les había sido seguro asilo en las guerras de los Españoles y Comanches; y así dixo: que en San Saba, no obstante que eran buenas las tierras, y que ellos

la querían mucho, no se ofrecían á poblar por el temor que les tenían á sus enemigos los Comanches, y por la cercanía del Presidio, pues estaban expuestos á que los mataran como á los Padres y Soldados, y que lo harían en el Valle de San Joseph baxo de tres capitulaciones.

La primera, que habían de hacer antes de radicarse una gruesa carneada de cibola, para la que se les habían de dar mas Soldados de los que les habían dado para las otras: la segunda, que se les había de entregar la hija del Capitan grande Natage, que tenían cautiva los Españoles: la tercera, que se les había de auxiliar para una campaña contra los Comanches, la que tenían determinada para antes de ponerse en Mision, y por darle gusto al Capitan no la hicieron. Era la primera condicion no solo admisible, sino necesaria, para que aviados de carne, se pudieran congregarse, pues era muy difícil ponerlos en el parage que habían pedido de otra forma, interin que para los víveres se daban otras providencias: las otras dos condiciones se otorgaron con respecto á las circunstancias que proporcionara el tiempo.

Hecha ya la dicha carneada que pidieron los Indios, le instaron al Capitan Comandante para que avisase á los Padres, y que juntos todos en el convenido Valle, se les fundase la Mision, y hechas las prevenciones, pasaron el P. Fr. Diego Jimenez y el P. Fr. Joaquin Baños, llevando hachas, barras y rexas, maiz, piloncillo y tabaco, ropa, sombreros y quinquilleras para congratular á los Indios, y el dia nueve de Enero de mil setecientos sesenta y uno arribaron al rio y Valle de San Joseph, y luego dispuso el Capitan se hiciera jurídica ins-